

de esta escena aterradora, cuando hemos dejado pendientes otras que reclaman nuestra atención?

Sí; suspendamos el desenlace de este triste episodio, y volvamos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XXVII.

Antes de morir.

Dijimos que al saber Duval por el medallón que mostró á la afligida Amalia, que Luz era su hija, penetró en la pieza en que iba á ser víctima de la bastarda pasión de Willey, arrojándose sobre éste con el puñal levantado.

La hermosa jóven dejó escapar una exclamación de esperanza, y le rogó que le salvase.

El doctor, lejos de intimidarse ante el peligro que le amenazaba, sacó una pistola de seis tiros para detener á su contrario.

Pero Duval estaba ciego de ira; y sin atender á la superioridad del arma del infame, se dirigió resueltamente sobre él para matarle.

Wiley dió entonces un salto hácia atrás, colocándose detras del sillón de su víctima, y cuando su antagonista avanzaba, disparó á quema-ropa su pistola.

A la explosion sucedió un grito de muerte.

El cuerpo de un hombre cayó revolcándose en su sangre.

Este hombre era Duval.

El doctor, temiendo que á la explosion del arma acudiese la justicia, se puso de un salto fuera de la pieza, bajó de otro la escalera, y al verse en la calle, se alejó diciendo:

—¡Aun me queda Adela! Es preciso abandonar ahora mismo la ciudad, y marchar tras ella....

Amalia, que al desaparecer Duval, trató de seguirle para saber dónde estaba la hija de sus entrañas, entró en la casa del doctor cuando éste salia con la pistola en la mano, sin fijar la atencion en nada.

La afligida madre entró desolada en el cuarto, temiendo una desgracia, dió un grito de horror al ver en tierra y ensangrenado al hombre que la hizo desgraciada, y en seguida corrió hácia la jóven, que habia quedado desmayada en el sillón en que se hallaba presa.

—¡Hija mia.... hija mia!—Exclamó la amorosa madre haciendo pedazos los brazos del sillón que la sujetaban.—¡Vuelve en tí! Nada temas.... estás libre.... libre al lado de de tu amorosa madre!

Y Amalia cubria de besos y de caricias á la jóven, que no podia verla ni escucharla.

Duval, sin poderse levantar, pero dirijiendo enternecido la vista hácia su adorada hija, que continuaba desmayada, exclamó:

—¡Ah! ¡siquiera la he salvado! ¡Amalia, hazla feliz! No sepa nunca que su padre ha sido un desgraciado criminal que te hizo infeliz á tí, Amalia! ¡á tí la mas digna y pura de las mujeres! ¡No, no le digas que yo soy el autor de sus dias y de tu desgracia, porque entonces me aborreceria, y su ódio me afligiria aun en la tumba! Ella me cree

su salvador.... un hombre que le inspiró confianza y aprecio desde el instante que me vió, y yo anhelo bajar al sepulcro con su aprecio.... con su cariño.... con su simpatía, ya que no me es dado darla una sola vez el nombre de hija! ¿Me lo prometes, Amalia?

—Sí, te prometo que nunca la sacaré del error en que está de creerte un hombre digno de su aprecio.... Soy madre, y conozco cuán duro sería, aun para el corazón más empedernido, morir llevando á la tumba el horror de sus hijos!

—¡Ah! gracias, Amalia, gracias.... ¡Dios, que lee en este momento, en lo más íntimo de mi alma, vé el hondo pesar, el verdadero arrepentimiento de mi corazón en haberte hecho sufrir en este mundo.... He sido un criminal; pero el cambio de sentimientos que se ha operado de repente en mi alma, me hacen creer que si conservase la vida, expiaría voluntariamente, por toda ella, todos mis delitos, consagrándome á hacer el bien de mis semejantes. ¡Oh! Dios que me inspira estos nobles sentimientos antes de espirar, se ha dignado enviarme el

dulce arrepentimiento para que mi alma no se pierda.... ¡Bendito él sea! ¡Sí, bendito; porque el grato consuelo que me envía, me revela su perdón y su misericordia! Y tú, Amalia, tú que eres un ángel, á quien he ofendido cruelmente: tú que has nacido para practicar la virtud, me concederás también una palabra de perdón para que baje tranquilo á la tumba....

—Mi perdón lo has tenido siempre.—Exclamó Amalia sin separarse de su hija, á quien procuraba con sus caricias y atenciones hacer volver de su desmayo.—Sí.... siempre; porque las penas, las desgracias, y la pobreza que me han acompañado constantemente, las acogía como un justo castigo en expiación de mis culpas.

—¡Culpas tú, Amalia! ¡Culpas tú, en cuya alma residen todas las virtudes! ¡Oh! ¡tu perdón me tranquiliza y vierte en mi pecho el bálsamo de la esperanza! Al bajar á la tumba llevo siquiera el consuelo de que no maldecirás mi nombre, y de que no arrancarás del corazón de nuestra hija el sentimiento de cariño hácia este desgraciado,

que nunca debe saber que fué su padre....

—¡Sí! te conservará su gratitud, y tu nombre sonará en sus labios como el de su salvador!

—¡Gracias, Amalia, gracias!

—Pero silencio, que se acercan sin duda algunos.

No bien acabó Amalia de pronunciar estas palabras, cuando la casa se llenó de gente, que entró atraída por el tiro que se había escuchado.

La autoridad del barrio dió orden de que inmediatamente se hiciese comparecer á todos los que habitaban la casa para tomar las primeras declaraciones, y entre tanto empezaron éstas por el herido.

Duval confesó sinceramente lo que había pasado entre Willey y Luz: que él se había prestado á acompañarle para que aquel consiguiese su infernal objeto; pero que luego, arrepentido, y tocado por Dios en la conciencia, subió dispuesto á salvarla, lo que consiguió recibiendo aquella herida mortal.

Duval, como el lector ve, solo ocultó que

Luz fuese su hija, porque quería librarla de aquella mancha.

Los agentes de policía que habían salido de la estancia para hacer comparacer á todos los de la casa, volvieron diciendo que á nadie habían encontrado.

La mujer que había hecho de carcelera, había huido al saber el funesto acontecimiento.

Solo Doña Anita, llevada de su curiosidad, había subido; y al ser interrogada, dijo que nadie había entrado por la puerta de la calle que ella cuidaba, mas que el doctor y Duval; que el segundo salió á poco dejando dentro al primero; que luego volvió á entrar agitado; que en seguida se escuchó el tiro de la pistola; que tras esta detonacion salió el doctor huyendo, llevando en la mano el arma fatal; y que, por último, añadió, la señorita Amalia, y cuantos allí estaban, habían entrado despues á saber lo que había sucedido.

La declaracion de la jóven, que merced á los cuidados de la hermosa preceptora,

recobró los sentidos, vino en apoyo de la de la casera.

En virtud de ello, Amalia, que llena de dicha por el hallazgo del tesoro que mas amaba en la tierra, recibia de la hermosa Luz, á quien se habia dado á conocer, el dulce título de madre y las mas ardientes pruebas de su amor filial, alcanzó que se le permitiese retirarse á su casa, llevando en su compañía á la tierna hija de su corazon.

Luz, agradecida al singular favor que de Duval habia recibido, é impelida hácia él por un sentimiento desconocido que ella no se podia explicar, porque ignoraba el lazo íntimo que unia su alma á la de aquel hombre, se acercó á él, le estrechó la mano con muestras de la mas profunda gratitud, y le dijo con una voz dulce y expresiva:

—A vd. le debo lo que mas ama la mujer sobre la tierra. ¡Vd. ha sido el ángel que la Providencia me envió en el instante del peligro, para entregarme en los brazos de una cariñosa madre, que bendecirá el nombre de vd., como lo bendeciré yo toda mi vida...! Siento hácia vd. el cariño de una

buena hija hácia su desgraciado padre, y como tierna hija elevaré mis ruegos á Dios para que le conserve la vida! Permítame vd., pues, que antes de partir, le dé á vd. el nombre de padre, y esté vd. firmemente persuadido de que su memoria será tan grata para mi corazon, como la del sér mas querido de la tierra. ¡Adios, padre mio, adios!

Duval, al escuchar aquel nombre dulcísimo de los labios de la que en realidad era su hija, sintió bañado su corazon de una delicia inefable, y bendijo interiormente á Dios, porque de una manera tan visible le hacia patente su misericordia.

—¡Ay, hermosa Luz....!—Exclamó Duval conmovido profundamente.—¡Vd. no puede comprender todo el bien que derraman en mi pecho esas dulces palabras de cariño, dictadas por la gratitud! ¡Vd. me dió un medallon, que yo pensé conservar en Europa, como un recuerdo de su bondad y de sus virtudes; pero ahora que voy á morir, se lo devuelvo á vd. como una memoria que deja un desgraciado padre á su hija....!

¡Sí... á su hija! porque mi sentimiento hácia vd. es puro y dulcísimo, como el que consagra el hombre á los séres á quienes dió la vida!

La autoridad manifestó que era preciso conducir al herido al hospital, y Duval añadió sacando el medallon, y poniéndolo en manos de la hermosa Luz:

—Puesto que vd. se ha dignado darme el nombre de padre: ¡adios hija mia, adios! Aquí tiene vd. la prenda que vd. me dió en prueba de gratitud, y que yo le devuelvo para que cada vez que en ella fije sus ojos, consagre un recuerdo de compasion á quien desde la eternidad rogará á Dios por su ventura.

Y Duval estrechó la mano de la jóven profundamente conmovido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y un tierno suspiro exhaló su corazon.

Luz le envió una mirada de cariño, y acompañada de Amalia salió de la estancia, dirijiendo sus ojos por la última vez, desde la puerta, al hombre que le habia salvado,

Duval recogió con avidez aquella mirada, y exhaló un suspiro al ver desaparecer á los dos séres que habian conmovido su corazon.